

R a q u e l L a n s e r o s

Un joven poeta recuerda a su padre

Ahora ya sé que pasé por tu vida
como pasan los ríos debajo de los puentes,
-indiferentes, turbios, orgullosos-,
con la trivialidad desdibujada
de las pequeñas cosas que parecen eternas.

Muchas veces lo obvio
se oculta tras un halo de extrañeza,
tras la costumbre lenta, indistinguible
del aura fugitiva de las vivencias únicas.

Es difícil saber
que la belleza abrupta del vivir cotidiano,
tan desinteresada de sí misma,
nacida sin clamor ni pretensiones
es en esencia tan mágica y rotunda
que resulta imposible de imitar a propósito.
Y es aún más difícil
comprender que la fiesta de las cosas sencillas
casi siempre termina
mucho antes que la voluntad del festejado.

Inmóvil vi pasar ante mis ojos
el desfile callado de tu vida
con tus sueños cansados en otoño,
 tus alegrías de puertas para adentro
 y tus desvelos discretamente cálidos.

Creo acertar si digo
que nunca te di nada que no fuese
un préstamo a mí mismo.

 Te pedí, sin embargo, tantas cosas.

Hoy, inmóvil de nuevo, asisto inerme
a este desfile amargo de tu ausencia
mientras mi corazón -dividido y atónito-
comienza a descubrir que la vida va en serio.

Te recuerdo. Hace frío
 y el frío me devuelve
aquella forma tuya tan sutil
de ofrecerme a la vez un corazón errante,
 la suerte en un casino de Las Vegas,
 la lluvia indescifrable del desierto,
 los versos de Machado en un suburbio.

Ahora ya sé que pasé por tu vida

indolente y confiado, -sin asombro-,
como suelen vivir todos los hombres
que no conocen todavía la pérdida.

El hombre que espera

Una vez más remueve
el poso del café la cucharilla triste.
Diez dedos bailotean en la mesa del bar
un tango a media luz con el olvido.

Está solo, cansado,
sentado entre una multitud ajena
que lo mira sin verlo.

Un anillo de oro gastado por los años
es el único rastro de brillo que le queda.

La pasión una vez le estalló entre las manos.
Y perdió la esperanza en los abismos
de un corazón humano.

No hay desdicha que le haya sido ajena.
No existe humillación que desconozca.
Es por eso que sabe hablar de amor.
Es por eso que espera.

El oficio de la inquietud

El héroe casi nunca elige su ventura,
suele ser el destino quien le sale al encuentro.
En la balanza de la dignidad
el oprobio de labios pusilánimes
pesa menos que el sol de la coherencia.

Quizá nunca soñara con la inmortalidad
pero es mejor afán que una paz a la sombra.
Pese a todo, lo real y lo engañoso
apenas se distinguen en el Hades.

El héroe no rehúye fortuna ni desgracia,
ni la lucha, con su candente palpito,
ni el órdago insaciable de la vida.

Cuando llora, son de niño sus lágrimas
no existe piel tan fina ni embajada más tierna.

¿Puede existir postura más heroica
que la propia consciencia de la fragilidad?